Senorina: éxtasis de la plástica colimense

José Luis Ramírez y Ofelia Badillo

1. La ingenua

Uno piensa en las calles y sólo encuentra el paisaje. Uno intenta recorrerlas en la mente, y sólo percibe la distancia. Recordar las calles es sentirse prisionero del amanecer. Porque muertas de luz y viento, ¿qué más nos ofrecen, sino las frondas y sus puentes? Como si todo principio tuviera que ser triste; como si en el origen todo fuera solemne. Y entonces, ¿de qué preocuparse? Está prohibida la alegría. Ni siquiera cabe la tragedia. Ni el terror ni la compasión pueden servir para desahogarse. Pero podría ser un equívoco. Porque buscamos historias de vida y sólo encontramos las calles.

Entonces pensemos en Colima; pensemos sus calles, en esos días finales de octubre de 1866 —cuando las tropas francesas que vinieron a apoyar al imperio de Maximiliano ya se habían embarcado para Francia—, cuando el partido liberal entró en gran actividad y los jefes liberales que operaban al sur de Jalisco decidieron tomar la ciudad de Colima, a la sazón en poder de los conservadores. For así decirlo, pensemos cuando el jefe Julio García, más consciente de la situación, puso en práctica un plan para tomar por sorpresa a la guarnición conservadora que ocupaba el edificio donde estuvo el Liceo de Varones y ahora se halla la Escuela Secundaria Nocturna Número 2.

¿Qué pudo sentir el jefe García? Para realizar este plan mandó abrir agujeros en las paredes de las casas desde tres cuadras al norte, donde la calle de San Cayetano, hoy Constitución, era cerrada; pero al atravesar la casa del maestro Vizcarra, y donde, después estuvo un asilo para huérfanos, fue necesario cruzar por la escuela oficial, donde estudiaban sus propios hijos. ¿Qué pudo sentir —repetimos— el jefe García? Supo del peligro que corrían sus hijos, el maestro y su familia. Más aún, a costa de perder toda la operación militar, tuvo que trasladarlos mediante una escolta a la fábrica de tejidos "La Atrevida" y de ahí a San Cayetano, donde inútilmente buscaron los conservadores, pues estaban bien escondidos en una bodega.

Prisionero de estrategias de guerra: en los reflejos de los rostros trasnochados y en el silencio interrogante, ¿qué otra cosa pudo sentir, sino el abandono, la quieta oscuridad de la tragedia? Pero no, podría ser un equívoco. No sólo por la debilidad de las fuentes documentales; menos aún, por la duda razonable sobre la trascendencia de este hecho que desató el drama. Ni siquiera por tratarse de una historia oral. Sino porque buscamos una historia de vida, y sólo encontramos la calle. O su oferta de frondas y puentes.

Así comienza el duro, el inexorable viaje en busca de la posibilidad más lejana. Pero en este punto, sólo puede buscarse la suerte. Entonces, poco importa que la familia del maestro Vizcarra fuera aprehendida, él sentenciado a pena de muerte y finalmente puesto en libertad; y enton-

♦♦♦

ces, poco importa que los hijos del general García fueran custodiados hasta las poblaciones jalisciense dominadas por lòs liberales. Pero no podría ser un equívoco.

Entonces pensaremos hacia lo lejos, por ejemplo, hacia la zona sur de la ciudad: elegante y llena de abolengo, delimitada desde la Plaza de Armas hasta la Plaza Nueva. Pensemos en la casa de la familia Zamora García: construcción amplia, estilo Colima reciente; sendos corredores con frentes en las calles de Ocampo y Morelos, en cuya esquina convergen en forma de escuadra. Aquí mismo, sobre la calle Ocampo, que corre hacia el norte, la entrada principal está resguardada por un grueso zaguán de madera de cedro y caoba. Hacia ambos lados, las paredes altas y blancas apenas se interrumpen por las ventanas de reja con sus puertas de madera, casi siempre cerradas o entreabiertas. Todo el conjunto es dominado, desde su interior, por un jardín de perfecta figura rectangular, cubierto por una fronda de mangos y guayabos, desde donde irrumpen tres o cuatro palmas como dedos implorantes.

Esa madrugada, Victoriano se despertó entumido y sudoroso para acogerse al catre de Merced García —su esposa—, que lo llamó. Una neblina rala cubría el jardín, rasante, seca, anuncio del calorón de la mañana siguiente. Tuvo que cruzar el primer corredor que —biblioteca, sala y comedor de por medio— terminaba en la calle Morelos. Al torcer sobre el siguiente corredor, se topó primero con el cuarto de su hija Refugio, luego con la



pieza donde dormían Josefa y Carmen. En el siguiente, Meche pujaba, quejumbrosa y sedienta. Pero no se encendía la luz, y la infeliz mujer apretaba las quijadas a la claridad indecisa que filtraba la puerta entreabierta. Victoriano repetía que era orden o costumbre de la iglesia no encender los hogares antes del toque de campana.

Advertencia

En la historia genealógica de Senorina Merced Zamora no podrá más que vislumbrarse el éxtasis. Es una trayección sin rigor y, con mucho, una obsesión.

Justo, donde la trayección quedó convertida en prisión de la que hay que escaparse, y desde donde isólo existe el proyecto de escapar del trayecto! El éxtasis fue la solución, isolución fuera del trayecto, fuera de la voluntad de solución!... producto del azar, como voluntad de suerte.

Historia para contarse a partir de esa aventura, pero también de su furor. No sólo porque sabemos que el "Paisaje" de Colima —obra premiada, perdida o robada— lo encontró el famoso coleccionista Fischgrund, en el fondo de un bazar; sino porque desconocemos aún el rostro de su autora.

¿Por qué esta ignorancia? ¿Descuido? No sabemos, pero tuvo la voluntad de un éxtasis. Lo tuvo, porque hoy, como extraño al hombre, se aleja de él, tanto de la preocupación que ocasionó como del andamiaje de poder que le daba sustento: el género.♦

♦♦♦

Cuando la esquila arrojó sobre las palmas su riego de notas bien timbradas, determinado por un golpe de seña, "se prendieron los aparatos"; las casas vecinas se llenaron también de manchas amarillas; y a poco, se oyó un alegre tortear por todos lados. Pero aquí, con los Zamora García, se escuchó el llanto primero de un recién nacido. Fue un grito desolado, único en ese amanecer. Fue el llanto que anunciaba la tragedia de Senorina Merced Zamora García, que iniciaba con el orto de ese día de octubre de 1866; el mismo día que el jefe García ponía a salvo a sus hijos (pero no a su hermana). Y la claridad matutina iba creciendo, agrandando la decoración de un amanecer silencioso, sin cantos de gallo.

Era Meche García una dama distinguida, tanto por sus rasgos españoles serios y nobles como por su carácter decidido y su moderado espíritu liberal. Enamorada de su esposo, con quien había procreado a sus tres hijas, y ahora la cuarta, atendía con gustosa obediencia la disciplina católica. Esta lealtad, sin duda alguna, la había distanciado de sus parientes. Victoriano Zamora era un hombre acaudalado, miembro distinguido de la familia Zamora de Villa de Álvarez; católico devoto de la orden de San Felipe de Jesús; y por eso mismo, casi intolerante de las ideas de los liberales. Era la familia Zamora García una rara mezcla de conservadurismo liberal o "rojo": era un conflicto apagado, pero vivo.

En su seno, Senorina convivió con la masa solitaria y dócil del amanecer. Al tortear desde niña, liberó su intuición hacia la curiosidad por las formas; aprendió el poder de ligar sustantivamente, por la comunidad de lazos íntimos; vivió la alegría de penetrar en la sustancia; de palpar el interior de las sustancias, de conocer el interior de los granos. Y más allá, gozó el placer del amasado con su lento pero regular progreso hasta forjarse la voluntad manual de quienes han puesto "la mano en la masa". De ese modo fue en la masa donde forjó una mano dinámica, como un órgano de energía y no sólo como órgano de formas.

Lo escrito, escrito está. Uno busca una historia de vida y sólo encuentra paisajes. Uno busca las calles y sólo encuentra paisajes. ¿Y ahora? ¿Tiene sentido acordarse de lo que ocurrió con una niña, hace más de un siglo, cuando casi nadie recuerda lo que hacen en un día las mujeres? Y sin embargo, por ilógico que nos parezca, tenemos que aceptar que resulta cuando menos enigmática esa situación. ¿Quién hubiera sospechado, si han de guardarse las distancias no simplemente físicas sino también históricas, quién hubiera sospechado alguna posible relación entre estos personajes cuyos atisbos apenas conocemos? ¿Qué personaje femenino puede ostentar al paisaje como concepto, cuando parece que el paisaje mexicano fuera creación masculina? ¿Qué contrapeso femenino podría pensarse si se quisiera revalorar con justicia esta creación humana? ¿Qué dimensiones reales alcanzarían? ¿Qué sitio podría ocupar? ¿Qué extrañas circunstancias sumieron en el silencio y en el abandono, los aportes femeninos al paisaje mexicano?♦



* El presente texto forma parte de la historia novelada del mismo nombre y próxima a publicarse por el Instituto Colimense de Cultura.